



CEGUERAS Y VANIDADES

FERNANDO SÁNCHEZ MAYO



Capítulo 1

El día que llegué a la vida de Rodén, este celebraba su treinta cumpleaños. Era el 26 de abril de 1988 justo cuando la primavera suele hacer estragos en la sangre de todos los seres vivos. A él le gustaba decir que ese día la virgen de Montserrat conmemoraba su santo en clara y desleal competencia. Aquella tarde estaba rodeado de sus amigos más fieles, que lo adoraban como a un ser de otro planeta.

Sacaron una tarta gigante y le estamparon la cara con aquel sabrosísimo merengue. Luego tuvimos que comérnoslo entre todos dándole lametones en su terso y suave rostro. Después de tanto chupetón lo desnudaron y lo regaron por todo el cuerpo con una botella de champán. A él acudimos todos a beber libando a sorbetes de su blanca piel. A mí me tocó beber de su boca y ahí empezó el gusto por las borracheras de champán, que luego se convertirían en costumbre cada vez que había que festejar algo.

La fiesta de cumpleaños se alargó hasta el amanecer cuando todos decidieron entregarle los regalos. Lo hicieron al alba porque, según Fran, vidente desde que estaba en el vientre de su madre, traía buena suerte entregarlos a esa hora en la que ni es noche ni es día. Mi primer regalo fue un elefante con la trompa levantada,

símbolo que da buenos augurios. En realidad, mi asistencia a la fiesta fue por compromiso, pues iba en calidad de acompañante de Rufina, una alocada poetisa que solía escribir poemas superficiales y divertidos de las cosas más variopintas y en los sitios más inverosímiles. Siempre adornaba sus recitales con pantomimas y posturas estrambóticas.

Cuando el sol empezó a despuntar por el horizonte, Rufina se subió en una silla de aquella espaciosa terraza con una cuartilla y un bolígrafo en la mano y, en menos de dos minutos, escribió cinco versos inspirándose en la aparición del astro rey. Luego los recitó para Rodén a la pata coja para llamar aún más su atención, y se los entregó como regalo.

Si el sol viene y se va,
si las sombras permanecen,
si tú eres mi Rodén
y yo soy tu Rufi,
¿qué hacemos que no nos besamos?

Todos aplaudimos mientras ella se mantenía sobre un pie, estática, como una estatua silente de piedra, como *Cupido* en Picadilly Circus, dispuesta a volar, hasta que Rodén la rescató en volandas, y la apretó contra sí, para darle besos y abrazos.

El día había llegado con toda su vitalidad, pero nosotros decidimos no recogerlos. Quizá fuera Fran el que propuso subir a la azotea para tomar el primer sol de la mañana en paños menores, jugando a las prendas como si fuésemos verdaderos adolescentes. Lo pasamos muy bien. Además, esas tonterías fueron para mí el inicio de una mayor confianza con el grupo y me ayudaron a ser consciente de mi físico. Todos piropeaban y apreciaban mi cuerpo desnudo, algo que yo ya sabía, pero que nunca valoraba suficientemente.

Rodén estaba pletórico de vida. Su rostro irradiaba salud, alegría y un excelente buen humor. Estar con él era contagiarse de las ganas de vivir, de los deseos de explorar cualquier mundo pequeño o grande. Bastó aquel primer encuentro para darme cuenta de qué material estaba él hecho. Congeniamos pronto, como si una fuerza de viento nos empujara hacia el rincón privado de nuestras emociones. Lo noté cuando me ofreció compartir con él una copa de vino en el último rincón de la cocina. Sus palabras expresaban menos pasión que sus ojos, que parecían indicarme algo más profundo, pues se adivinaba en el aroma de los pensamientos que volaba entre nosotros.

Para acompañar aquel vino viejo y rojizo sacó del frigorífico un queso que Rufina le había regalado. Con un intenso brillo en los ojos, me narraba las características de aquel producto lácteo elaborado con leche de oveja, procedente de Villada, y que tenía un sabor intenso y algo picante, como los buenos quesos manchegos. Todos dormían ya distribuidos por la casa a su antojo. Rodén y yo saciábamos todavía nuestra sed y nuestra hambre, enteros, como si la noche no hubiera pasado por nuestro cuerpo ni por nuestra mente. Un rumor brotaba de nuestra piel a medida que consumíamos aquella botella y aquel queso que, casi a modo de rito, él untaba en trozos de baguetes para mí, y despertaba aún más nuestro ánimo, ya insuflado por su temperamento, que parecía manejarme con su mirada, con sus gestos, con sus palabras: «prueba, come, bebe». Aquella ambición desbordada en las ganas de dar acabó cuando sonó el maldito teléfono para anunciar la muerte del padre de Rufina.

Rufina de la Vega, nuestra Ruffi, como algunas veces nos gustaba llamarla, estuvo fría y distante aquellos días en los que se había quedado huérfana del único vínculo familiar que le quedaba. Sabíamos poco o, mejor dicho, nada de la relación conflictiva que había mantenido con su padre y nadie esperaba que la

muerte le hubiese afectado tanto como para permanecer apartada tanto tiempo de nosotros. Fuimos a su casa con la intención de hacerle compañía y que volviera a la normalidad, pero ella parecía no querer hablar. Nos pidió que la dejásemos tranquila, que necesitaba recuperarse por sí misma, que era consciente de que la vida debía continuar, pero que ella necesitaba todavía algún tiempo para asimilar ciertas cosas. Más tarde supe yo de cuántas cosas estaba hecha su vida.

Por aquella época Fran vaticinó que Rufina regresaría con nosotros en tan solo un mes. Mientras tanto, Rodén y yo tuvimos la oportunidad de compartir más tiempo juntos y de conocernos mejor, ya que Fran se fue a Nueva York para hacer un curso de mentalismo y nos quedamos solos.

Desde el primer día Rodén buscaba continuamente y de manera desenfadada actividades para nosotros: cine, teatro, conciertos de música, almuerzos, cenas en terrazas de lujo, compras en El Corte Inglés, paseos en coche de aquí para allá; un tren de vida excesivo desde mi punto de vista. Después de una semana le expuse mi manera de pensar. No estaba de acuerdo en que se gastara tanto dinero conmigo de esa forma. Nunca olvidaré cómo me miró directamente a los ojos, diciéndome que todo aquello lo hacía por una única razón, pero que prefería no explicármela ahora. Yo no quise entrar a fondo en el tema, así que le propuse hacer algo más sencillo. Ese día compramos una *pizza* y fuimos a su casa para ver en la televisión la película que diesen. Comimos sin ganas. Quizá porque había algo en el ambiente que nos despertaba otra clase de apetito, algo así como una necesidad imperiosa de dar a conocer aquello que fluía como un volcán dentro de nosotros. Y fue el champán quien nos salvó aquel día, y ya para siempre, de lo que ambos éramos incapaces de expresar.

Bebimos no solo de aquellas finas y delgadas copas, sino que yo bebí de sus manos y él de las mías. Él bebió de mi boca y yo

de la suya. Yo libé de su cuerpo y él del mío; midiéndonos cada milímetro de nuestra epidermis, pero no matamos nuestra sed aquella noche. Solo se alivió nuestra apetencia después de tres días sin salir. Ahora éramos otros. Una fuerza común nos unía. Dos deseos confluían para dar cumplimiento a un sueño que se estaba haciendo real. La magia se había instalado en nuestros corazones y nuestros ojos irradiaban la luz de la felicidad. Nuestras manos estaban encadenadas y, entrelazados los dedos, auguraban un amor para siempre; la querencia de permanecer unidos hasta el fin de nuestros días. Las palabras salían lentas, al compás de una respiración relajada, y cuyo tono aceleraba nuestra euforia interior al saber que nos estábamos perteneciendo el uno al otro. Los días siguientes salíamos a la terraza solo para respirar algo de oxígeno y para tomar contacto con la realidad, para comprobar que lo que nos estaba ocurriendo era cierto, y que la ciudad seguía allí con sus avenidas y sus edificios y con su enervada actividad. Igual que nosotros, que no nos cansábamos.

Tuvo que sonar el timbre de la puerta para que pusiéramos fin a tan larga luna de miel. Era Fran, que había vuelto de su viaje. Traía un *souvenir* como detalle y lo dejó encima de la mesa. No se sorprendió al vernos juntos a esa hora de la mañana. Era como si vernos allí a los dos formara parte de un paisaje que conocía. Nos contó cuánto había aprendido y las ganas que tenía de poner en práctica sus conocimientos. Nos habló de Nueva York como quien habla del barrio de al lado, del *espanglish* vociferado por las esquinas de los rascacielos, de la meca de la multirracialidad, de los grandes negocios, del arte, de las atractivas tiendas de lujo, del turismo, de las sombras que se proyectan desde tanta mole de hormigón. En sus expresiones se podía adivinar a un hombre ambiguo, a alguien de quien no eres capaz de averiguar cuáles son sus auténticas intenciones. Sin embargo, tenía al mismo tiempo la

habilidad del discurso, el dominio de la palabra y la capacidad hipnótica que le permitían sostener la atención de sus interlocutores.

Nos propuso celebrar su regreso y nos fuimos a almorzar a un nuevo restaurante de comida libanesa que habían abierto recientemente en el barrio de Chueca. Durante la comida, Rodén y yo lo escuchábamos embobados. Por debajo de la mesa nuestras piernas se rozaban ávidas mientras él seguía explicando y pormenorizando todos los detalles de su viaje, los contactos profesionales que había hecho, sus impresiones de la cosmopolita ciudad de *New York*, que en este instante pronunciaba dándole un fuerte acento americano. De vez en cuando soltaba en inglés palabras o frases cortas en toda regla fonética mientras dejaba caer un gesto que sentaba cátedra de todo cuanto decía. Rodén le prestaba mucha más atención que yo; al fin y al cabo él era su amigo. A mí, sin embargo, cada minuto que pasaba me gustaba menos su discurso y se me hacía bastante insoportable. Me aburría y noté que mi mente se alejaba de su conversación para comenzar a analizarlo desde todos los puntos de vista.

Sus manos dibujaban puntos, comas y acentos con tanta rapidez que no daba tiempo a entender el contenido de su lenguaje no verbal. Sus ojos buscaban captar, sobre todo, el interés de Rodén. A mí solo me miraba de vez en cuando, como quien mira un bebé o un perro que se está portando bien. Parecía algo nervioso y muy crítico enjuiciando negativamente la actitud de los americanos con respecto al tabaco.

Dudaba si seguir o no fumando, pero mientras tanto, le daba fuertes y profundas caladas a un Marlboro que había comprado en una expendeduría especializada en toda clase de marcas internacionales.

Hubo algo que sembró en mí la semilla de la duda con respecto a la relación que podría haber mantenido con Rodén antes de yo conocerlos. Aquella frase de que tenía que contarle algunas

cosas con más tranquilidad despertó en mí una especie de sospecha que me creaba cierto desasosiego e incomodidad. Cada minuto que pasaba se me hacía más y más insoportable.

Rodén se percató rápidamente del color irascible de mi rostro y me preguntó qué me pasaba, que no hablaba nada, que mi cara no tenía buen aspecto. Le respondí que me encontraba regular, que quizá aquella comida no me había sentado muy bien y que sentía el estómago muy pesado. Bien sabía yo lo que estaba estropeando mi estómago. Y no era la comida, sino aquella actitud displicente de Fran hacia mí, la que revolvía mis vísceras. Rodén pidió la cuenta y pagó con prontitud. Una vez más nos invitó haciendo gala de su gran generosidad. Fran decidió, como siempre, que fuésemos a otro sitio. Esta vez a un café cercano donde servían una amplia variedad de infusiones. Allí me pude tomar una taza de poleo y tomillo.

Por un momento, Fran se preocupó por mi salud como quien se preocupa por la mancha de una camisa sucia, sin apenas tenerme en cuenta, sin mirarme, sin aproximación, sin mostrar una actitud cercana. Pensé que tal vez me estaban traicionando los celos y decidí tener un comportamiento más participativo y menos crítico. Y entonces me interesé por él poniendo en mis palabras un sabor más dulce y humano.

En mi ánimo por resultar agradable y correcto metí hondura en mi conversación, pero no acerté. Fran contestaba todas mis interesantes preguntas mirando mucho más intensamente a Rodén, como si él fuese el único interlocutor válido en aquella reunión. Sentí que mi esfuerzo era inútil y que algo fallaba realmente. Me abandoné a mi suerte y perdí de nuevo el interés por lo que contaba, pero mi cabreo interior tomó entonces forma en mis dientes apretados, en la rigidez de mis músculos faciales y en la mirada asesina que dirigí a sus tímidos ojos. Fue entonces cuando noté un cambio tan drástico en su relación conmigo

que me resultó patético. No lloré de puro milagro, pues pena era lo único que me inspiraba. Ahora no me dio la gana de darle tiempo a que resolviera el conflicto interior que me había creado y expresé a Rodén las ganas que tenía de marcharme. Pagué al camarero y nos fuimos sin más demora.

Tras dejar a Fran en la puerta de su casa, le pedí a Rodén que me acercara a la mía. Era hora de volver después de tantos días fuera. Él no comprendía por qué quería quedarme en mi casa. No entendía qué cosas tan importantes eran las que yo tenía que hacer para queuviésemos que estar separados, aunque solo fueran veinticuatro horas. Le expuse mis razones diciéndole que una casa necesita cuidados, atenciones, miradas, caricias... Él acalló mi argumento dándome un beso largo en la boca y, cuando acabó, dijo: «Te quiero, Ernesto». Era la primera vez que pronunciaba mi nombre desde que nos conocimos y sonó con mucha fuerza. Al final nos quedamos en mi casa organizándolo todo para ponerla en alquiler. Después de varios días volvimos a la suya. Desde entonces permanecemos unidos en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, hasta que el tiempo decidiera separarnos para siempre.

Capítulo 2

Recuerdo que se cumplió lo que Fran había vaticinado y un mes después Rufina se presentó en casa por sorpresa. Nos dijo que quería que la sacáramos, que necesitaba ayuda y que deseaba vivir. Los tres nos abrazamos llorando desconsoladamente, y no fue por la muerte de su padre, sino por nosotros mismos, por nuestra existencia, por nuestro pasado, por nuestro presente y por nuestro futuro. Llorábamos porque había que llorar y porque era la hora de hacerlo.

Nos sentamos en la terraza de una cafetería para que Rufina tomara su café irlandés que tanto le gustaba. Desde allí observábamos a los transeúntes como si estuviésemos en la atalaya perfecta. Para distraernos no había nada más sano que hacer comentarios de todos los que por allí pasaban: una señora ejecutiva con cartera verde a juego con su traje Chanel que caminaba inmersa en sus pensamientos, algo estresada, y con las gafas de sol ligeramente caídas a esa hora del día; un chihuahua que se había escapado del bolso de una mujer ya mayor, muy bien maquillada y con mechas color caoba, que corría, la pobre, dando grititos con voz de jilguero, llamándolo para que se parara; un macarra, con la chaquetilla de cuero negro ceñida al cuerpo, que chasqueaba los dedos mien-

tras oía su música favorita a través de unos auriculares que lo aislaban del resto de la sociedad; dos gitanos jóvenes, muy delgados e impecablemente vestidos de un negro brillante, que parecían los palmeros de una compañía de flamenco; un papá empujando el carrito de su bebé, ensimismado en su retoño; un grupo de viejos renqueantes y algo agotados, recorriendo la ciudad como turistas nacionales, con las miradas perdidas en sus propias vidas; varios colegiales arrastrando las carteras hinchadas de no sé cuántas cosas invisibles.

Sonreíamos mientras veíamos pasar la vida por delante de nosotros como en una noria de feria. Y sonrió nuestra Rufi, que era la que tenía que hacerlo en ese momento.

Aún era temprano y decidimos dar un paseo por la parte vieja de aquel Madrid antiguo y decadente. Rodén quería recordar el barrio de su madre, aquel lugar donde transcurrió también su primera infancia. Nos contó muchas cosas acerca de su pasado, nos habló de su madre, del ascenso imparable que se produjo al casarse con su padre; aquel hombre rico gracias al cual ahora él disfrutaba de una vida holgada. Su madre fue una mujer de bandera, de las que hicieron historia en el barrio por lo guapa que era. Y su padre fue un señor ya mayor y de muy buena posición económica que se encaprichó de ella. Y hasta que no se casó no se quedó tranquilo. Pero ella no quiso irse a vivir al barrio de los ricos sino que le puso la condición de que si la quería, tenía que vivir allí, entre los de su humilde posición social. Y así ocurrió. Se dice que ella le impuso esa cláusula porque la gente pensaba que se había casado por dinero y que una mujer joven no podía estar enamorada de un hombre mayor. Quiso demostrarle a todo el mundo lo contrario, que se casó por amor. Y por esa razón del qué dirán lo había obligado a él a que viviera allí con ella.

Rodén pasó en ese lugar los primeros años de su vida hasta que hizo la Primera Comunión. Después de casi una década su

madre consideró que ya había llegado el momento de irse a vivir a donde fuese necesario para que su hijo tuviera las máximas oportunidades de futuro.

Rodén nos contaba todas esas cosas visiblemente emocionado frente a la casa donde residió los primeros años de su vida. Luego, para rematar el día, quiso invitarnos a cenar cerca de allí, en una taberna muy antigua, cuyo dueño era un torero del sur que nunca llegó a triunfar en los ruedos por falta de oportunidades. Y fue en ese lugar donde nos pusieron unos platos exquisitos que comimos con verdadero placer: rabo de toro y manitas de cerdo, que venían acompañados con patatas fritas, sin que faltara, por supuesto, el vinito blanco andaluz, que te tumba si abusas demasiado.

Rufina no pudo resistirse a la euforia del momento y le pidió al camarero papel y lápiz para escribir unos versos, que luego nos recitó mientras mojaba los dedos en la salsa y se los chupaba, al mismo tiempo que declamaba con mucha gracia y con mucho salero aquellas líneas improvisadas que nada tenían que ver con la poesía seria y de calidad que ella escribía:

Con este vino andaluz
y este rabo de toro,
que más de una quisiera tener entre las piernas,
yo le canto a este bar una coplilla muy serena.
No sé qué manos están más buenas,
si las de este cerdo, tan cerdo,
o la de esta cerda, tan cerda.

Cuando Rufina se llamó a sí misma cerda, restregándose las manos llenas de grasa por la boca, no pudimos evitar reírnos a carcajadas por aquella extravagancia. Todo iba bien hasta que llegó el momento de marcharnos. Rufina nos abrazó y nos suplicó que la dejásemos vivir con nosotros durante un tiempo porque era

incapaz de volver a vivir sola; nos dijo que sería únicamente hasta que se recuperase del todo, pues solo el hecho de pensar que tenía que volver a su casa le provocaba algo muy malo, un escalofrío que le recorría todo el cuerpo, desde los pies hasta la punta del cabello. Rodén me miró para leer en mis ojos lo que yo pensaba. Y accedió cuando hice un leve movimiento de cabeza, dando mi consentimiento. Desde ese momento, ocupó un cuarto de la casa, y lo bautizó con el nombre de la habitación de Shakespeare porque allí había un retrato del afamado autor inglés.

Rufina de la Vega Palacios era su nombre completo y con el que quería triunfar como poetisa. Por aquellos días se pasaba horas y horas encerrada en la habitación de Shakespeare escribiendo un poemario que, según ella, iba a conmocionar a todo el gremio de la literatura. Entretanto, Rodén y yo tuvimos que adaptarnos a las nuevas circunstancias, y no fue nada fácil. Rufina parecía buscar los momentos en los que nosotros deseábamos y necesitábamos más intimidad para estropeárnoslos con su presencia. Poco a poco fue olvidándose de su luctuosa pena y hablaba como una cotorra, sin parar, sin caer en la cuenta de que tal vez no nos interesaban tanto sus procaces conversaciones, sus teorías sobre el sexo o sus opiniones sobre el arte de la provocación.

Ella sostenía la idea de que no podíamos ser homosexuales puros. Y bromeaba ofreciéndose como conejilla de Indias para cualquier experimento porque los dos estábamos muy bien hechos, y a ninguno nos hacía ascos. Le gustaba jugar dándonos bromas verbales. Solía usar un lenguaje un tanto desvergonzado para despertar en nosotros algún tipo de conducta o deseo heterosexual. Nos tocaba medio en broma, nos magreaba los pectorales, los muslos, y lo hacía con la asiduidad del amante, esperando siempre alguna reacción a sus ensayos.

La tolerábamos como quien tolera a una hermana pequeña que sale un poco casquivana. Pero a mí, cada vez me costaba más

trabajo soportar ese comportamiento, de tal manera que, cuando se ponía así, me disculpaba diciendo que me apetecía dar una vuelta. Y me iba de la casa a pasear un rato para huir de su presencia y perderme sin rumbo por las calles de Madrid porque me agobiaba tener que compartir con ella cualquier momento íntimo, dulce o amargo, en mi relación personal con Rodén. Pero él no era tan fuerte como yo y se dejaba avasallar todo el tiempo, sin ser capaz de pararle los pies.

Fue durante mi ausencia, en esos ratos en los que yo no estaba, cuando se fraguó todo. Y a partir de entonces empecé a notar un cambio en Rodén. No supe por aquellos días lo que pasaba, pero ese fue el inicio de una de nuestras primeras crisis como pareja.

Tuvimos fuertes discusiones sobre los quehaceres de la casa. Yo consideraba que Rufina también debía colaborar. Rodén, por el contrario, argumentaba que ella tenía que dedicar el máximo tiempo posible a la labor de escribir porque si no, nunca llegaría a convertirse en la gran poeta que merecía ser. Precisamente aquel día ella volvió a casa después de su encuentro con una prestigiosa editorial que había decidido publicar su libro. Cuando nos lo contó, Rodén me hizo ver lo poco interesado que yo estaba en ayudar a nuestra mejor amiga a subir el primer peldaño que luego la colocaría en el Olimpo de los dioses de la poesía.

Me sentí muy mal porque yo quería mucho a Rodén y sus palabras hicieron que me diera de bruces con la realidad de mi gran sospecha: Rufina de la Vega estaba hurgando e influyendo en la vida de Rodén más de lo que yo me imaginaba. Quedaba claro su intromisión en la vida de mi pareja y evidenciaba una influencia mayor de la que yo había podido pensar. Así que, a partir de ese momento, decidí investigar qué tipo de relación se había estado fraguando a mis espaldas.

Busqué por toda la casa indicios, pruebas, que me dieran la clave de algo. Observaba lo que se comía y se tiraba a la basura,

contaba las cervezas que se consumían en mi ausencia, controlaba el estado en el que quedaban caídos los edredones de las camas para luego, a mi regreso, comprobar si seguían igual, examinaba las facturas de los teléfonos, comprobaba las páginas de los libros que leían para cerciorarme de cómo gastaban su tiempo. Pero apenas descubrí nada interesante. Alguna llamada de más a la editorial que había decidido publicar el libro, pero nada significativo. Me di cuenta de que si quería descubrir algo, ese no era el camino. Y si algo había que descubrir, desde luego no lo iba a encontrar entre aquellas cuatro paredes.

Con motivo de la publicación del libro de poemas, Rufina y Rodén decidieron organizar una fiesta en casa. Había que invitar a mucha gente, pero, sobre todo, a personas importantes, de las que ellos hablaban sin cesar: el famoso poeta, ya consagrado, Jorge Arel, que había sido Premio Nacional de Literatura por su libro *El paraíso es una mierda*, donde versificaba a placer la sistemática violación a la que había sido sometido por su padre; y el crítico Pepito Gustamate, ya que una vez publicado el libro, tendría que dar su dictamen.

Rufina elaboró una lista de los gustos favoritos de los invitados desde el punto de vista gastronómico, temas de conversación, inclinaciones sexuales, para así poder asistirlos de la manera más eficaz posible, a fin de que luego redundara favorablemente en el prestigio del libro, con una buena crítica. Habían pensado también en invitar a la famosa presentadora de televisión Marina Mascal, que trabajaba en un programa magacín con notable audiencia y con un sobresaliente éxito en una de las cadenas más prestigiosas del país. Según Rufina, tampoco debía faltar a la fiesta la ministra de Cultura, Paca Campillo, para reforzar el carácter intelectual de tal evento. Y así siguieron nombrando a ocho o diez personas claves a las que era necesario llamar para asegurarse el éxito de ventas del poemario.

Lo que más me sorprendió fue la estrategia que habían preparado. Tenían hecho un listado de regalos con su precio al margen y sus correspondientes destinatarios. Habían pensado entregar aquellas dádivas para agasajar a cada uno de los destacados asistentes. Y lo harían entregándoselas en el momento en que cada uno de ellos decidiera irse, y procurando que ninguno de los demás lo viera para no despertar ningún tipo de recelo ni malentendidos. Pero cuando me sentí verdaderamente alarmado fue en el momento en el que empezaron a nombrar el tipo de regalos que estaban dispuestos a adjudicar a cada uno de los prestigiosos invitados, y que iba en función del gusto individual de tan insignes personajes. Desde una joya valorada en ciento veinticinco mil pesetas, el regalo más caro, para la presentadora de televisión hasta una pluma bañada en plata y oro, lo más barato, para el poeta, que llevaría grabado el título de su obra poética más famosa, con la finalidad de conseguir las críticas más favorables.

Por fin conseguí descubrir todo lo que se había estado tramando durante mis ausencias. Me enfurecí mucho porque estaba casi seguro de que todos los gastos estaban corriendo a cuenta de Rodén, puesto que Rufina no trabajaba y no tenía más sueldo que la triste paga de orfandad que recibía de la Seguridad Social. Respiré hondo, me hice el fuerte y procuré que no se me notara el enfado para poder obtener la mayor información posible. Después actuaría en consecuencia.

Por aquellos días mi corazón se sintió invadido por una ola de tristeza al constatar que Rodén había decidido ayudar a Rufina sin comentarme nada. Después de seis meses juntos me di cuenta de que en nuestra relación existían fisuras, falta de confianza, y se ocultaban cosas que son normales hablar entre una pareja. No sabía qué hacer, si pedirle explicaciones o no. Al fin y al cabo, a mí también me estaba manteniendo, aunque yo nunca le pedía nada y procuraba hacerle gastar lo menos posible.

Uno de aquellos días previos a la fiesta, cuando regresaba de hacer la compra, me encontré a Fran en casa, bastante acalorado. Trataba de convencer a Rufina y a Rodén de que, si querían que el evento sirviera para darle publicidad al libro, debía tener lugar con motivo de la presentación de la obra. Pensaba que si era una fiesta simplemente, algo particular y privado, algunos famosos no iban a asistir para no tener mala prensa. Acudirían todos, decía él, si el evento venía revestido de alguna noticia cultural como es la presentación de un libro.

Consiguió disuadirlos y rápidamente llamaron a la editorial para que se diera prisa en la impresión. Y fue en ese momento cuando descubrí todo el pastel. La editorial les pedía más dinero si querían agilizar el proceso. De esta manera me percaté de que, en realidad, no era la editorial la que corría con los gastos de la publicación, sino Rodén. Mi pareja financiaba el poemario, los gastos de la fiesta y los regalos. También había costado a Fran algunos cursos en el extranjero e iba a pagar una sustanciosa cantidad para que Rufina pudiera aparecer en el programa de Marina Mascal. En realidad, más que un amigo sencillo y corriente, Rodén parecía un mecenas italiano del Renacimiento. Y ellos, ¿qué eran ellos?

Aquella noche Rodén me lo contó todo. Lo noté preocupado y nervioso; era consciente de que se había metido en un negocio del que no estaba seguro si iba a salir bien. Aproveché aquel momento de debilidad para hacerle muchas preguntas sobre el asunto. Y así fue como me enteré de todo con pelos y señales. Rufina, obsesionada con triunfar, había persuadido a Rodén para que la ayudara a entrar por la puerta grande de la lírica y la coronaran con todos los honores. Ella le había hecho ver que su nombre, Rodén Vallehermoso, aparecería en todos los libros de historia de la literatura como el mecenas y el descubridor de

la gran poeta Rufina de la Vega Palacios. De hecho, el poemario aparecería precedido de una dedicatoria que diría así:

«Para Rodén Vallehermoso, mi mecenas y mi amigo del alma».

Rodén me confesó la verdad y trató de justificar sus actos diciéndome que quería dejar huella en esta vida, que no quería morirse sin haber hecho algo importante que lo catapultara a la eternidad. Me dijo que era muy duro ver cómo pasaba la vida y no sentir que se proyectaba en el futuro. Quería ser recordado. Y eso era vital para él. Así, con la idea de estar vinculado a una creadora que llegaría lejos, él también se veía corriendo la misma suerte. Admitió sentirse insatisfecho con la vida que llevaba y reconoció haberse dejado llevar por esa ambición humana de permanecer, de quedar de alguna manera entronizado en la posteridad. Lloró diciéndome que de nuestra relación nunca podría quedar nada. No teníamos hijos y no íbamos a tener nietos; ninguna descendencia que nos recordara luego, cuando ya hubiésemos dejado este mundo. En cierta manera, lo comprendí, pero, al mismo tiempo, sentí un poco de pena y lástima por él. En realidad, Rodén no era feliz porque no aceptaba un destino: el destino de los seres vivos, el destino que todos tenemos al nacer, que es vivir, morir y ser olvidados.

Aquella noche fue para nosotros el comienzo de algo nuevo, un vínculo que nos uniría todavía más y que haría crecer nuestra relación. Lo abracé para darle todo el calor que necesitaba, y en lo más profundo de aquel gesto de amor sí que había un deseo de eternidad y una extraña inquietud por suplir con mi cariño tanta carencia. Le dije que entendía su postura y que si quería patrocinar a nuestros amigos, yo no era quien para impedirselo. Él me pidió disculpas por la omisión y la falta de confianza y prometió no volver a ocultarme nada. Se dejó acurrucar como un niño pequeño y se durmió en mis brazos despreocupado de todo.

Yo tardé bastante tiempo en conciliar el sueño, pues eran muchos los pensamientos que asaltaban mi mente, que me destrozaban y destrozaban todo cuanto atisbaba desde la cima de mi fuerza más negativa.

Al final, todo estuvo a punto para la fiesta. El libro, flamantemente editado en color azul cielo, con el título en naranja: *Los colores de una vida*, y del que habían apilado docenas en una mesa, llamaba la atención en aquel salón decorado en rosa. En otra mesa rectangular se había dispuesto el ágape, en donde no faltaba de nada. Un famoso restaurante había preparado canapés, sabrosas croquetas, palitos de merluza, albóndigas y no sé cuántas cosas más que, por supuesto, repartían un par de camareros contratados para la ocasión; profesionales que ofrecían vino, cerveza y refrescos a discreción.

El evento no comenzó de manera oficial hasta que no llegaron los de la televisión, que se retrasaron un poco porque era hora punta y el tráfico estaba a tope a las nueve de la noche. Todos miraban a la ministra, que fue la primera en decir unas palabras para los medios de comunicación. Los *flashes* recogieron cada segundo desde que empezó a hablar. En su discurso remarcó la importancia de la literatura, se felicitó por el nacimiento de una nueva poeta, aunque mostró su preocupación por la falta de mujeres en el panorama literario que dieran visibilidad al sentir femenino; y lo achacó a la cultura machista que todavía predomina, desgraciadamente, en nuestra sociedad. Dijo que hacían falta poetisas que dieran talla y fuste al género poético y lo sacaran de ese anquilosamiento en el que muchos hombres poetas aún vivían. Para finalizar, agradeció a Rufina de la Vega Palacios haberla invitado a tan importante acontecimiento cultural. Y todos aplaudieron enfervorecidos.

Mientras tanto, Pepito Gustamate estaba escondido detrás de sus gafas hojeando uno de los libros mientras se mordía el labio